
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309449 5

DEL MISMO AUTOR

Cantos modernos (1.ª serie), con ilustraciones de Apeles Mestres. — 1 vol. — 3 ptas.

Norte y Sur (2.ª serie de Cantos modernos), con ilustraciones de Apeles Mestres. — 1 vol. — 3 pesetas.

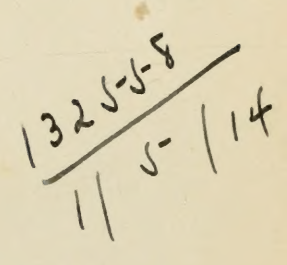
A dos vientos. Críticas y semblanzas. Literatura castellana.—Literatura catalana. — 1 vol. — 3 pesetas.

Bocetos ingleses. — 1 vol. — 2'50 ptas. (Quedan pocos ejemplares.)

MUSGO

POR

RAMÓN D. PERÉS



Barcelona: Tipografía «L'Avenç»
Ronda de la Universidad, 20
1903

PROEMIO

PROEMIO

I

¡Musgo: la planta humilde, pobre paria
que crece sin amor entre las rocas;
la que con verdes fibras, temeraria,
les teje, por capricho, raras tocas!

Nada pide por ellas, que bien sabe
lo que peñascos son; pero, en secreto,
donde alguna raicilla en ellos cabe
allí va á hundirla como heroico reto.

Y vive, y es feliz. Cuando, cansada,
sobre él se tiende una gentil doncella,
¡con qué amor, de su forma delicada
guardar sabe la pura y breve huella!

Cuando al pastor ó al cazador perdido
presta cojín do reclinar la frente,
¡cómo el orgullo noble de haber sido
grato y útil al hombre el paria siente!

Mas cuando crece en la escarpada altura,
frente á la inmensidad del ancho cielo;
cuando se duerme en sueños de ventura
y ve allá lejos, como niebla, el suelo,

¡cómo entonces sus alas la Esperanza
viene á darle, y aun débil y olvidado,
piensa que un pico bienhechor le alcanza...
y es al nido de un águila llevado!

II

¡Esperanza! Yo adoro en tus altares,
deidad que das la fuerza y la alegría;
yo te adopto por ídolo en mis lares,
por mi escudo y mi fuente de poesía.

Tu neófito soy; mas, temerario,
á tremolar me atrevo tu bandera,
tu guirnalda de rosas, incensario
de aromas que forjó la primavera.

¡Bello es siempre este mundo que decae,
que, á su peso rendido, desfallece;
bella la vida, el galardón que atrae
y en la carrera impulsa y fortalece!

Aun el sol por los aires se derrama
cual fuego en áureo vaso contenido,
y estalla en flores la fecunda rama
y de ella pende el pájaro su nido.

Aun hay amor y helénicas sonrisas
en el fondo del cuadro de la Tierra;
y no han perdido suavidad las brisas
por ir envueltas en clamor de guerra.

III

De una edad que no espera y que no ama
somos los tristes y cansados hijos:
ceniza helada es ya lo que fué llama:
ni un astro que seguir, los ojos fijos.

Mas ¡ay! que doblar suele la flaqueza
del propio brazo el perezoso miedo,
y no consigue el mercader riqueza
si en la tímida holganza se está quedo.

Si es oscura la noche, si no brilla
clara estrella en el cielo que nos guíe,
doblemos al ensueño la rodilla
y en su divina luz nuestro pie fíe.

La Belleza en la mente soberana
y honda en el pecho la bondad del niño
sigamos el sendero de un mañana
blanco, sin manchas, cual soñado armiño.

Soñemos, que los sueños son verdades
que nimba una aureola prodigiosa,
y demos á las tristes realidades
por cada espina una fragante rosa.

Lancemos sobre el campo yermo y seco
las perlas del benéfico rocío;
cantemos, aunque sólo escuche el eco
y la canción se pierda en el vacío.

Si la blasfemia es lucha, que impotente
y airada se revuelve entre cadenas,
también es lucha el canto y blandamente
se eleva hasta las cumbres más serenas.

De algo más que de pan los hombres viven,
de algo más que el placer los corazones:

no hagáis que bajas sendas os cautiven,
la frente levantad á otras regiones;

amad la vida, ese milagro eterno,
pero noble queredla, no rufiana,
y haced que la bondad cambie el infierno
del mal de hoy en cielo de mañana.

IV

Y ahora, pobre musgo que te agrupas
como en tribus los hombres del desierto,
si en el espacio sin valor que ocupas
animación prestaras á lo muerto;

si del árida roca ó de las aguas
que en la olvidada tierra se adormecen
jugos vitales con tus dedos fraguas
y, modestas, así tus hojas crecen,

entona el himno universal de vida,
presta á lo bello tu ferviente culto
y haz que suene en la atmósfera dormida
tu solitaria voz, que huye el tumulto.



CANTOS DE LA VOLUNTAD

Á los que luchan por algún ideal

AMOR DE LO DIFÍCIL

Dijéronme: la ruta de la vida,
la mejor, la perfecta, la inmutable,
es la que abierta y franca te convida
llena de sol, con su sonrisa amable.

Respondí: no es la abierta y franca ruta
la que el alma prefiere: es la ignorada,
como la arisca joven impoluta
más que fácil matrona es codiciada.

Dijéronme: la incierta, obscura vía
con que soñó tu ardor es toda abrojos;
tentáronla otros pies, mas todavía
de sangre los espinos están rojos.

Respondí: si á la rosa la envanece
la dulce suavidad de su capullo,
también en pedestal de espinas crece
y aun con ellas se adorna y son su orgullo.

OPTIMISMO

Alguna vez, cuando en la noche busco
silencio amigo y horizontes anchos
en que batir el pensamiento pueda
sus alas de Pegaso,

al mirarle volar, indefinible
sensación de tristeza y desengaño
me oprime el pecho, cual pesada losa
de un hoyo cinerario.

Es que ruge el simún allá en mi espíritu
y camellos y tiendas á su paso,
como las hojas muertas en Octubre,
por él son arrastrados.

Pero pasa el simún y todo vuelve
á la vida. Ya en pie, y el mirar vago,
los camellos husmean la llanura
y el horizonte claro.

¡Ley es del Universo! Cuando al fondo
del mar se lanza el nadador osado,
¡la propia fuerza de su pie le torna
á elevar sano y salvo!

FILOSOFÍAS DEL ARTE

—Mira el vuelo del águila robusta:
sobre los montes con amor se cierne,
y dura y se prolonga. El del pardillo
tras un instante, cual su esfuerzo, muere.

¿Ves? La copuda encina, cuya sombra
cantos y paz en el verano ofrece,
cobija entre sus ramas todo un pueblo:
la linda flor sólo una abeja tiene.

—¡Verdad! ¡Verdad! Mas si en las altas nubes
el vuelo de las águilas se pierde
y en sostenido esfuerzo se prolonga,
ved el del ruiseñor, modesto y breve.

Si la encina cobija á todo un pueblo
de cantores alados, no te pese,
¡oh humilde flor en cuyo seno liba
una abeja, no más, doradas mieles!

Quien grande hizo el peñasco mandó luego
que las piedras preciosas fueran breves:
si el elefante da el marfil — ¿qué importa? —
la rica miel la da un insecto endeble.

RESURRECCION

No os dejéis abatir: desde los tiempos
en que fuerzas Anteo recobraba
cada vez que en los brazos de la Tierra
las ajenas victorias le humillaran,

abierta y desbrozada está la vía,
dado el ejemplo está. ¿Qué más? ¡Si basta
ver que el fruto del árbol cuando cae,
ya en el suelo, revive en nueva planta,

y aquel vencido al que besó la Muerte,
aquel que de gusanos fué morada,
vuelve á ser vencedor, torna á la vida,
y á los besos del sol tiende sus ramas!

FORTITUDO

En la noche callada y solitaria
brilla la luna llena:
dulce, igual y perpetua luminaria
que pende sobre el urna cineraria
de la noche serena.

¡Oh lección! En la niebla de la vida,
do tanta luz se apaga,
¡quién pudiera brillar allá en la altura
con esa firme, siempre igual dulzura
de la tranquila, soñadora maga!

CONSEJO

¿Veis el frágil papel lanzado al fuego
torcerse, antes de arder, en ansias vanas
hasta que al fin le envuelve y le devora
súbita llamarada?

¿Y veis trocarse en caracteres rojos
las que dejó sobre el papel trazadas
pobres letras de tinta, alguna mano
por la pasión guiada?

¡Ah! No olvidéis que la tortura á veces
en letras ígneas las de tinta graba,
y en las mismas cenizas las conserva
aun después de hechas brasa.

MIELES Y DARDOS

Porque busque la miel en las palabras
y no los fuertes ácidos que encierran,
porque en libar panales, suavemente
transcurra su existencia,

¿pensáis que allá en el cáliz de las flores,
como en soñados brazos de sirena,
dejó la fuerza y el vigor perdidos
¡pobre insecto! — el poeta?

¡Oh ilusos! Recordad que quien dió vida,
quien de la flor enamoró á la abeja,
le prestó un aguijón duro y punzante
para propia defensa,

y la que en lecho de caladas mieles
se aduerme al reposar de su tarea
sabe con furia defender su nido
y morir como buena.

LA BANDERA

Riñendo en las batallas del cerebro
por una idea y por un nombre vago,
lanza en ristre, me ví llevado al frente
del indeciso campo.

Mas de pronto y en medio de la lucha
ví tremolar en la enemiga mano
la propia enseña que elevé mil veces
con ingenuo entusiasmo.

¡Oh traidoras banderas que lo mismo
flotáis al viento en uno que otro campo,
reinas falaces cuyo brillo roba
tantas vidas de esclavos,

quien no os conozca, vuestro yugo acepte;
quien tenga fe, que os dé su espada y brazo:
si os soñé diosas de inmortal belleza,
meretrices os hallo!

LA META

Sudoroso, los músculos hinchados
por el esfuerzo de veloz carrera,
va el andarín entre la doble hilera
de curiosos, por verle congregados.

Va cual potente ráfaga, venciendo
ya el obstáculo débil que aun le excita,
ya al rival que le sigue. Entre la grita
de vítores é injurias, va corriendo.

Y hay algo, en las miradas, que llamea,
y en las voces pasión, y en el ambiente
las ansias de lo ignoto que se siente,
que trocar en certeza se desea.

¿Llegará? ¿Va á vencer? Ya el rudo pecho
convulso aspira y á seguir se niega
y á la impulsión incontrastable, ciega,
ríndese, al fin, el cuerpo, ya deshecho.

Mas el premio está allí: la mano inquieta
va á alcanzarlo... lo toca ávidamente...
—¡Hurra! — la multitud grita, demente...
. . . .
¡Pueril placer! ¡Engañadora meta!

EL REMERO

Remontando la corriente
que lucha y ruge impaciente
va una pobre barquichuela.
Dirígela un atrevido
mozo que en el banco, erguido,
parece, al remar, que vuela.

Y entre golpe y golpe, dado
por el remo á cada lado,
suena el canto del barquero;
su canción, grave y serena,
fantásticamente suena,
pausado el ritmo y severo.

Solo, y en la inmensa calma
de la noche, triste el alma,
mas sin miedo, descuidado,
hacia un punto misterioso
rema el joven sin reposo.
¿Va en pos de un sueño dorado?

¿Quién lo sabe? La fe es ciega:
tal vez con su mente juega
y visiones allí fragua,
mas él sigue... y sigue... en tanto
repite con firme canto:
«Con el agua, ó contra el agua».

ANIVERSARIO

Mater amabilis.
Mater admirabilis.

Sobre la tumba en que tu cuerpo yace
vengo, madre, á esparcir tristes violetas,
que el aire encanten con su blando aroma
y te hagan leve la pesada tierra.

Yo no puedo cantarte con palabras
que á profanar con torpe soplo vengan
la purísima flor de tu recuerdo
que el alma mía en sus arcanos cierra.

Cual te amé te he llorado: si en los brazos
de la madre común algo nos queda

en que el rumor del mundo de los vivos
suene confuso cual lejana queja,

tú habrás sentido sobre el yerto cráneo
el roce de unas alas que se alejan,
alas del casto beso que en tu frente
mi pensamiento tembloroso deja.

Tú habrás sentido la candente gota
que en mis mejillas solitaria rueda
cuando viva y amante te imagino
para hallarte después callada y muerta.

Y es ése mi tributo, y es el solo
digno de ti: no voz sonante, hueca,
sino mudo dolor que oculto gime
cuadra no más á tu memoria austera.

Llorar así te he visto siempre: erguida
la frente varonil, á pensar hecha,
y el corazón rompiéndose en pedazos
dentro el aro de hierro de la pena.

Sobre la tumba en que tu cuerpo yace
mi rodilla se dobla, y descubierta,
desdeñando palabras que lo expresen,
guarda el dolor, avara, mi cabeza;

mas, en silencio y trémulo, mis manos
van deshojando sin cesar violetas
que el aire encanten con su blando aroma
y te hagan leve la pesada tierra.

LOS INERTES

Cosmopolitismo.

¡Cuán felices vosotros,
máquinas de una pieza,
hombres-bloques de bárbara dureza,
cuerpos simples, envidia de los otros;

árboles de raigambre centenario
nacidos de semilla
que otro lanzó junto á su misma orilla,
su orilla, su sagrario!

¡Perdurables montañas
de pétrea basamenta inconmovible,
rotuladas con nombre indestructible
y fijas de una tierra en las entrañas!

¡Hombres elementales, fundamento
de aquel gran predio que nación se llama,
yo os envidio ese amor que sólo ama
cuanto no es movimiento!

¿Cómo se llega á esa pasión que ignoro?
¿Qué dolores produce y qué alegrías?
Vuestros lánguidos días
¿conocen ese afán que yo devoro?

¡Qué dicha estar contento de su suerte
y hallar que la calleja en que nacimos
es el rincón mejor de cuantos vimos
para esperar en él tranquila muerte!

Ya allí, sin gloria, es cierto, mas sin duelo
vegetó dulcemente en la observancia
de una honrada vagancia,
ó de labor honrada, nuestro abuelo;

después, como su código era el fruto
del alma de una raza y de experiencia,
vino el hijo á aprender el ardua ciencia
y á imitarla minuto por minuto.

Al fin, á ese banquete
frugal, mas de manjares conocidos,

se nos llamó también, y agradecidos
no escuchamos la voz que dice: «¡Vete!»

¡Ah! Yo sí la escuché, y aun mucho antes
la oyeron ambiciosos mis pasados:
del onda salpicados
aun están sus vestidos de emigrantes.

Y con ellos su alma, y hoy la mía.
¿Por qué fuí débil y llegué á envidiaros,
hombres-raíces, que pesáis avaros
por dracmas la alegría?

Si vieja bolsa en el crispado puño
guardáis como un tesoro,
¡para mí todo es arca y todo es oro
y hay más ley en el mío y mejor cuño!

Mi amor se llama *Excelsior* y es movible,
complejo como el mar y como el cielo;
su descanso es el vuelo,
su meta lo imposible.

Sólo una sangre corre
por vuestras venas que uniformes laten,
sólo unas aguas baten
de vuestra indiferencia la alta torre.

Yo soy nave ligera y anhelante
que una turba poliglota maneja:
¡vedla!, para un instante y ya se aleja,
y grita en todas lenguas: «¡Adelante!»

¡Compadecedme! No soy roble añoso
que manso río inofensivo baña:
soy más bien frágil caña
que en él se mece con temblor ansioso.

¡Compadecedme!... Mas si el ansia loca
de volar no sentís, ¡compadeceos!,
que más vale morir dando aleteos
que vivir en la inercia de la roca.

EL ARPA EÓLICA

En el jardín de mis ensueños pende,
al fondo, una arpa eólica olvidada.
¿Quién escucha ó entiende
su música apagada?

No hay mano que la pulse: á la ventura
suena sin que hallen eco sus canciones.
¿La flor de la hermosura
ríe en sus blandos sones?

¡Nadie lo sabe! El solitario acento
se exhala sin testigos, á deshora:
cuando la hiere el viento
el arpa canta... ó llora.



LA CANCIÓN DEL AÑO

A ti, esposa querida,
sol que alegras la ruta de mi vida.

A ti, corazón de oro,
flor que mi hogar perfumas, fiel tesoro.

¡Canción, canción del año que en tus alas
juntas el matiz claro á los oscuros,
que tu alegría ó tu dolor exhalas
en breves gritos, lánguidos ó duros;

canción, canción del año... y de la vida,
tiende el vuelo llevando entre tu pico
la espiga humilde que al azar cogida
se te antoje, tal vez, presente rico!

Canta la flor que nace... y la que muere,
canta el ardor del claro sol que adoras,
sueña y tiembla después, y á quien te oyere
di que sigue tu vuelo el de las horas,

que cual ellas te alejas hacia un vago
horizonte brumoso que te atrae,
donde el revuelto mar se trueca en lago
y toda vida en él cual piedra cae.

I

HOJAS VERDES

I

¡Salve, risa de amor, deliquio inmenso
de la augusta Nutriz, vital milagro,
soplo fecundo que en arrobo intenso,
cuando flotando trémulo te meces,
todo lo sumes, desde el monte al agro,
vas al alma del mundo y la estremeces!

¡Salve, misterio universal que agitas,
en cuanto ser existe, la triunfante
ola de sangre nueva, que palpitas
en su férvido seno delirante,
que la estéril tenaz y triste nieve
truecas en blanca flor de vida breve!

¡Salve! Como el creyente convencido
que la presencia de su Dios sintiera,
ó amante á quien el roce del vestido
que su amada se acerca le dijera,
de igual modo tu vuelo he presentido,
así te ví llegar, ¡oh Primavera!

Fué un algo de poder irresistible
subiendo como el flujo allá en los mares;
bando de mariposas que á millares
se elevan en el aire lentamente,
canto que suena lejos, é indecible
placer engendra en su rumor creciente.

Así fué tu acercarse. Se llenaron
de hinchados brotes las desnudas ramas,
temblando de placer; se desplegaron
doquier las blancas alas de la vida
y el soñar de la mente adormecida
volvió á encender sus temblorosas llamas.

¡Salve, risa de amor, deliquio inmenso
de la augusta Nutriz, vital milagro!
¡Salve, viva poesía, anhelo intenso!

II

¿Quién cantará el misterio que transforma
la pletórica yema en hoja verde?
¿Quién cantará la mano que da forma,
y hace que todo acuerde
en la hoja misma, al extender sus galas?
¿Quién ciñe al árbol, cual colgantes alas,
su dosel de follaje?

Así el ignoto germen de la idea
que una oleada vital fecundó acaso,
como gota perdida en ancho vaso
de pronto en el cerebro gallardea,
toma forma y se acrece,
indecisa un instante se estremece
y, abierto el seno, al fin, surge y verdea.

III

¡Oh música variada! De las hojas
en murmullos suavísimos se eleva
como un amor que temeroso nace,
cual suspiros del mar que el aire lleva
callada, blandamente, sin que mueva
en la noche tranquila
la líquida extensión que en calma yace!

O bien como en un súbito estallido
de la pasión dormida, ó en secreta
conjura que á una voz de pronto explota,
ruge furiosamente y del perdido
dulce canto de amor, el alarido,
la maldición salvaje
como torrente desbordado brota.

Yo te conozco ya, música vaga
de genios invisibles que se tienden
entre las ramas á pulsar su lira:

te llevo en mí también: tú eres la maga
que ya con dulce soplo mi alma halaga,
ya sus rayos encienden
rayos, en mi, de rebelión, de ira.

IV

En la muerte de un amigo.

¡Flor blanca ó de suavísimos matices,
joya de un dios que la cedió á la Tierra,
cuán bien, y sólo con mostrarte, dices
lo que tu seno delicado encierra!

Delicia de los ojos y del alma
que al par beben la miel de tu hermosura,
cáliz que viertes misteriosa calma,
verbo de la alegría y la dulzura,

tú eres la dicha que rebosa en cantos,
la boca que sonríe en un momento
de delicioso arrobo... ¿Tus encantos,
de alas de mariposa no hizo el viento?

. . . .

Flor blanca ó de suavísimos matices
que la hermosura terrenal proclamas,
si ha de mentir, al cabo, lo que dices,
¿por qué á tu escuela del placer me llamas?

Si deshojada y mustia allá en el suelo
vas el fin á tener de humana vida,
¿por qué tu gloria ostentas frente al cielo,
que ha de verte á sus pies rota y vencida?

¡Florecer! ¡Marchitarse! Ley sublime,
ley eterna... ¿qué importa que seas ciega?
¡Si algo á los hombres del dolor redime
es florecer mientras la Muerte llega!

V

Todos los jugos de la vil tierra,
todos los restos de vida y fuerza,
todo detritus que se almacena
dentro tu seno, Naturaleza,

todo elemento, toda esperanza,
que duerme en tanto llega su alba
se ha estremecido bajo tus alas,
— ¡oh Primavera! — porque tú pasas.

Todos los jugos de la vil tierra
por las mil bocas que los esperan,
por las raicillas que están hambrientas,
corren cual sangre corre en las venas.

Y el alambique de forma sabia
que encierra el seno de cada planta
toma esos jugos y como un hada
los trueca en flores embalsamadas.

Toda la sangre de la vil tierra
pasa en el árbol á ser esencia,
y es mano el árbol que al aire eleva
copa preciosa de aromas llena.

¿Sabes, erguida la frente blanca
y altivo el gesto, lo que retratan
esos frutales de ásperas ramas?
Pues son poetas que versos cantan.

Todos los jugos de la vil tierra
cruzan los nervios llegando al alma,
y es la poesía la florescencia
de unos frutales de tristes ramas.

VI

Ven: la blanca y morada sinfonía
ven á ver de los árboles en flor,
la inmensa joyería
y el virgíneo frescor.
Los árboles sonríen cual doncellas
de puro, de finísimo color.
Coge sus flores: semejante á ellas
te halla siempre mi amor.

Sobre tu frente ponlas: son diadema
que á perseguir las mariposas van:
— ¡oh reina! — así los ojos codiciosos,
cuando tú pasas, tras de ti se van;
mas á tu cabellera, ese poema,
jamás, alma sin mancha, tocarán
ladrones que te ronden insidiosos
cual mendigos sin pan.

VII

Melocotonero, segundón que olvidan
todos los poetas,
¡qué lástima siento de ver que sus cantos
de ti no se acuerdan!
Sus cantos ensalzan la flor del almendro
porque es la primera,
porque es la que el año, como un padre injusto,
nombró primogénita.
Y aquella hermosura de tintas de aurora
que tus flores muestran
cuando ya el almendro sus copos de nieve
derrama en la tierra,
no tiene —¡cuitado! —quien quiera cantarla,
quien se fije en ella:
¡qué mucho! —tú olvidas que hay que ser *primero*
para que te vean.

VIII

Ya á poco de partir, triste y cansado,
hoy al borde me siento del camino,
y, del tumulto mundanal aislado,
te escucho á solas, ruiseñor divino.

Ya he visto al labrador indiferente
dejar que se elevaran tus canciones
sin detener la mano diligente
para oir de tu música los sones.

Ya sé que no es lo bello clara lumbre
que á la retina sin trabajo llega:
sé que á esa luz la mata la costumbre
y que su propio brillo irrita ó ciega.

Sé que demanda el rústico sentido
bastos placeres ó la voz del trueno
para ser en su inercia conmovido;
sé que le halaga el mal y huye lo bueno.

Mas ¡canta! ¡Esa es tu dicha y es tu gloria,
oh voz de la triunfante Primavera!
¡Dile al mundo tus sueños: son tu historia
y alguien habrá que soñar sepa ó quiera!

Yo á poco de partir, triste y cansado,
me siento al duro borde del camino,
y, del tumulto mundanal aislado,
te escucho á solas, ruiseñor divino.

IX

No en medio del otoño asoma el fruto
sobre las tiernas ramas:
ya en pleno Mayo, cual feliz promesa,
pende esperando el fin de su jornada.

No está en sazón: ni la incipiente forma
ni el color, que no brilla ni resalta,
son señuelo del hombre:
tranquilo pende el fruto allá en la rama.

Mas si es fuerza esperar, y hasta el Otoño
no ha de ver que una mano le separa
de la hojarasca inútil
para apagar con él la sed humana,

¡feliz, feliz el fruto que el olvido
deja crecer en calma:
no hay Setiembre sin Mayo, y ¡ay del árbol
sin fruta verde en la estación temprana!

X

La inmensa nota verde,
la nota magistral
de vida y de alegría,
de fuerza y juventud,
no llega el mundo á darla
sin lucha, sin dolor;
que así las sombras cercan
al rayo de la luz.

La inmensa nota verde,
la nota magistral,
rodéase de otras
de pálido matiz,
color de rama seca,
de blanca flor después,
y rosas y morados...
y sólo el verde al fin.

La inmensa nota verde,
la nota magistral

que ríe en primavera
y es del estío honor,
el grito de esperanza
de dicha y de poder
es el supremo impulso
de santa progresión.

XI

Como la blanca vela que espera adormecida,
flotando junto al mástil, que venga á hincharla el
[viento,
como la blanca vela se siente estremecida
de pronto el alma y quiere volar por un momento.

Quiere cruzar los límites del horizonte usado,
mecerse cual gaviota sobre lejanas olas,
poner el pie inseguro no ya en el suelo amado,
mas en ignotas playas donde vivir á solas.

Que es hoy tan hondamente feliz, es hoy tan bella
la universal sonrisa, que fuera no gozarla
querer beberla sólo donde la propia huella
pusimos ya mil veces por verla y adorarla.

Aléjate, alma mía, aléjate y en sueños
aborda á nuevos puertos, respira brisas nuevas,
extiende el ala, indócil á límites y á dueños,
y esparce por el mundo la juventud que llevas.

II

EL CANTAR DE LAS CIGARRAS

I

Como la cigarra que canta en el árbol,
temblando de gozo, su ciclo de endechas,
y enlaza la nota que muere cansada
sin fuerzas ni aliento, con la nota nueva;

como la cigarra, monótona arpista
que pulsa incansable no más que una cuerda,
contando sus días por grandes estrofas
que son de su vida fugaz el poema,

como la cigarra, descuidadamente,
de mis sensaciones formo mis endechas,
y al sol, que es su padre, la música sube
como religiosa, vaga melopea.

II

Como religiosa, vaga melopea,
cual las espirales del incienso, van
subiendo indecisas, más leves que el aire,
subiendo al azar,

mis pobres endechas, tostadas al fuego
de Julio, que seca la mies rubia ya:
mis cantos parecen un bando de abejas
en torno á un rosal.

Zumbando le rondan, sedientas de mieles,
con vivo aleteo llevando el compás
del himno de amores que ardiente se exhala
del bando voraz.

Rosal que atesora las mieles más puras,
centro de mis sueños y amoroso afán,
es hoy la pupila que envuelve en sus rayos
la tierra y el mar.

Me sigue implacable por llanos y montes
cual ojo divino que doquiera está...
cual si fuese el ojo de un dios irritado
y no un astro más.

Como religiosa, vaga melopea,
subid, cantos míos, volando al azar;
como las cigarras, misteriosos vates,
á coro cantad;

cantad ese aliento que abrasa la Tierra,
que el fruto madura, que es soplo vital,
cantad el verano que en mis venas arde
y el del mundo al par.

III

Corre, corre, sangre mía,
viva, alegre, acelerada,
corre por el ancha vía
de mis venas, abrasada.

Sé la canción del verano
que en mudas notas se eleva,
y en tu ritmo sobrehumano,
la salud, la fuerza lleva.

Bebe al sol matices rojos
como el racimo maduro;
como los secos rastrojos
quémate en su fuego puro.

Toma del aire la vida
y el libre impulso indomable;
como la tierra sé unida,
sé tenaz, y no mudable.

Ebria de luz y de aromas
canta alegre cual cigarra;
sé como las altas lomas,
no como rastrera parra.

Pero, generosa y noble,
sé humilde con quien pudieres,
y habrás de gozar el doble
si libre y humilde fueres,

que todo y nada son horas
distintas de un mismo horario,
sucesivas, brilladoras
cuentas de un mismo rosario.

IV

¡Piedad, Señor, Señor omnipotente,
que los espacios con tu fuego inflamas,
que la corteza de la tierra, hirviente
mantienes todo el dia con tus llamas!

¡Piedad, rey de los astros y los mundos
que giran á tus plantas asombrados,
que entre los senos del azur profundos
son por tu ley eterna sojuzgados!

¡Piedad, padre y tirano que das vida
y la arrebatas si á tu fuerza place:
ya la Tierra á tu aliento está rendida,
tu aliento, que secar las yerbas hace.

Tú mismo, que cual risa placentera
brotada de tu labio soberano,
diste al mundo la virgen Primavera,
la aniquilaste en brazos del verano.

¡Señor, Señor, por tu crueldad gemimos,
porque, ya muerta la infeliz doncella,
todo aquel bien que con su amor tuvimos
trocóse en humo y se perdió con ella!

Porque, creyendo en tu falaz sonrisa,
perpetua, y no mudable, la juzgamos;
porque fué tu piedad como la brisa
pasajera, por eso á ti clamamos.

Ablándate al mirar tanta flor mustia,
que, aun sedienta muriéndose, te inciensa,
ve en el volar del pájaro su angustia,
ve arder cual heno la montaña inmensa;

ve el agua, allá en sus venas, agotarse,
y encenderse el relámpago en tu cielo;
ve la frente del hombre doblegarse
cual hoja que el rocío inclina al suelo.

¡Oh rey! ¡Oh Sol! Clemente nos sonríe
y entibia nuestra sangre, ardiente lava:
que si el tirano en su poder se engríe,
sube hasta él la injuria de la esclava.

V

¡Oh campos áureos donde el viento pasa
como un ligero pie que roza apenas,
campos áureos que adoro,
mi espíritu se va tras de esas huellas!

En la abrasada atmósfera de Junio,
mi alma, cual flor del propio aroma ebria,
va á besar á la espiga
y á la amapola inútil, pero bella.

Va á derramar su amor en amplio beso
que el llano abarca y á los montes llega;
sigue al viento ardoroso,
y el beso aquél toda mi vida lleva;

toda la dicha de vivir, que es canto
con que los seres el espacio llenan;
todo el amor al mundo,
¡que es hoy templo de oro á la Belleza!

VI

Las espigas doradas,
ya rotas y vacías,
sobre los tallos frágiles
no tiemblan cual solían;

no mueven, cual coquetas,
la rubia cabecita,
que allá en las eras yacen,
informes y sin vida.

Del grano que llevaban
privólas la codicia:
con él es rico el hombre,
¡cumplió su fin la trilla!

Destino ha sido siempre
de todas las espigas:
por dar lo que en sí llevan
perder la propia vida.

Sobre los tallos frágiles
no tiemblan cual solían
las espigas doradas,
ya rotas y vacías;

no mueven, cual coquetas,
la rubia cabecita;
mas ¡qué! — guarda el granero
lo mejor de ellas mismas.

III

HOJAS SECAS

I

¡Paz! ¡Reposo! La Tierra que envejece;
su sangre que se enfría;
su espíritu gozando la tardía
calma que ya en la atmósfera se mece.

¡Placer, placer viril de haber creado,
de descansar tras la batalla ruda!
¡La rama antes desnuda
verla llena de fruto sazonado!

Y en el fruto la esencia de la vida
que hirvió febril en las ocultas venas...
¡Otoño! ¡Horas serenas!
¡Paternidad del mundo bendecida!

II

Yo soy aquel que por el ancha vía
del mundo dirigió su incierto paso,
y, en su inconstancia juvenil, un día
quiso adoptar por brújula el acaso.

Yo soy aquel que tuvo fe en el viento
y le entregó sus velas desplegadas,
el que huyó del refugio y el violento
vaivén amó de mares agitadas.

Yo soy aquél, y al contemplarme dudo
si los seres se truecan ó si crecen:
perdí el amor de aquel combate rudo,
y hoy mis olas no azotan, que se mecen.

¡Apareció tan bello, ante mis ojos
de adolescente ingenuo, el torbellino!
La fácil Gloria, de sus labios rojos
brindaba en él el embriagante vino.

Y en el puerto ¡qué calma adormecida,
qué cielos sin azul, sin arreboles!...
¡Ved! Si al río despierta la avenida,
rompe su cauce en imponentes moles,

y ruge, y con el ímpetu salvaje
de contenida fuerza se derrama...
y así se agita en férvido oleaje
el alma joven que desea ó ama.

¿Quién logra sujetarla á la tranquila
dicha que allá en la playa le sonríe,
si en el miraje engañador que oscila
busca la sola lumbre que le guíe?

Mas la gaviota que perdida vaga
y en la nave que cruza al fin reposa,
si con la vida el vuelo audaz no paga,
siempre vuelve á su arena presurosa,

y halla en ella que es dulce y es bendita
su refrescante atmósfera salobre,
y su beso parece que le invita
á que la paz y á que el vigor recobre.

III

¡Oh esfinge misteriosa de la vida
que en tus garras oprimes á los seres,
todo á ti me he entregado y sin medida!
¿Qué más de mi amor quieres?

Te di el cerebro en holocausto pío,
puse á tus pies mi corazón sangriento:
¿qué más me falta darte, que ya el frío
de tu garra en mí siento?

Destruye del cerebro las ingratas,
las inútiles hojas que abomino:
¿qué ha de importarme ya si la flor matas?
¿Qué es más que flor de espino?

Mas la carmínea, delicada rosa
que á tus plantas lancé como una ofrenda,
mi corazón, — ¡oh esfinge misteriosa,
devoradora horrenda!, —

si en un momento de crueldad lo hollares,
bañándote en su sangre con delicia,
derróquense en el polvo tus altares:
¡maldita tu codicia!

IV

¿A dónde va el tropel de secas hojas
que por el triste campo arrastra el viento?
¿Irá á esparcir la voz de sus congojas?
¿Es su tenue rumor vago lamento?
Van cayendo, ya pálidas, ya rojas...
como galas sin brillo, ¡pobres hojas!,
¡galas de novia, al fin, para un momento!

Huyen como los sueños del verano,
cual bandada de pájaros que, á veces,
cruza de pronto el desolado llano;
son... ¡ay!... la espuma convertida en heces,
huyen la Muerte como el ser humano
y, en ciega lucha con la Nada, en vano
murmuran sus protestas ó sus preces.

¡Oh nota melancólica! El dichoso
descanso codiciado, compañero
de la completa madurez, gozoso

conseguirlo un instante pasajero,
y luego ver trocado en engañoso
miraje de la mente el cuadro hermoso...
¡Oh madurez! ¡Oh umbral! ¡Oh triste agüero!

VI

¡Siembra! De plantas útiles
el campo está desnudo,
y en sus entrañas duermen
los inactivos jugos.

Tiende la tosca mano
llena de trigo rubio,
y —¡oh labrador!— espárcelo
con gesto grave, augusto.

Espera en el misterio
de aquel poder oculto
que cada grano trueca
en abundantes frutos.

Así —¡oh hermano mío!—
pudiera á ejemplo tuyo
sembrar yo en dócil tierra
sobre el labrado surco,

ver como el campo estéril
trocábase en fecundo
y de labor cansada
llegar á ver los frutos.

Yo soy como el que siembra
sobre los yermos duros,
como el que sobre el agua
su oscura firma puso;

mas creo en los milagros
de la energía, y lucho:
dame lección, maestro,
gañán de gesto augusto.

VII

¡Desolación, desolación y muerte
sobre lo que eran campos de verdura;
como al embate de enemiga suerte
fugaz huyó su gloria, su hermosura!

Mas—¡oh placer!—como el ansiado rayo
de luz solar que entre la niebla pasa,
—¡ved!—ya anunciando esplendoroso Mayo
vuelve el trigo á tender su verde gasa.

¡Bendígate la mano omnipotente
que hizo el milagro de infundirte vida,
¡oh trigo!, ¡oh pincelada sonriente,
consuelo de la Tierra decaída!

¡Bendígate aquel Ser que es el misterio
supremo y es el alma de los mundos:
cuando el campo se trueca en cementerio
nacen tus tallos verdes y fecundos!

Eres cual dulce rayo de esperanza
que besa al triste y á animarle viene:
tú en la tormenta anuncias la bonanza
y algo en ti sano y fuerte se contiene;

tú eres la fe que con audacia lucha
sin temor á lo débil de sus brazos:
feliz aquel que tu lección escucha
y de la adversidad rompe los lazos;

feliz el que cual águila vencida
potente se levanta y tiende el vuelo
contemplando la sangre de su herida
con la sonrisa impávida del cielo.

VIII

Precede á los ardores del Estío
la tibia Primavera
como el riente llano labrantío
á abrupta cordillera;

y anuncia del Invierno los rigores
el Otoño templado
como anuncian abriéndose las flores
el fin de un verde prado.

Cuando mires el mar en dulce calma
recuérdale rugiente;
y es tan mudable como el mar el alma;
la vida, incierta fuente.

Mas goza del Otoño las sonrisas,
la Primavera goza,
sé cual árbol que el beso de las brisas,
como un filtro, remoza;

y si el Verano ó el Invierno llegan
(la Pasión ó la Muerte),
piensa que luz y sombra más bien ciegan
al ser débil que al fuerte;

que bajo el río de candente lava
los mármoles subsisten,
y, si la Vida es de la Muerte esclava,
los recuerdos son libres y persisten.

IV

COPOS DE NIEVE

I

Bajo el manto de nieve que la cubre
late el oculto fuego de la tierra;
si hundo en la nieve el pie, mágico soplo
le conforta y calienta.

¿Será verdad que una invisible Madre
sobre su seno ubérrimo nos lleva
y con brazos inmensos nos abraza
y su hálito nos presta?

Vedla envolverse con su regio manto,
llenarse de diamantes y de perlas
y vestir á sus hijos con bordadas
níveas tocas de fiesta.

¿Qué importa que temblando se reunan
junto al hogar los débiles, si afuera
con nueva vida bulliciosa y áspera
los fuertes se recrean?

Por cada pobre rama carcomida
que cruje ó con estrépito se quiebra,
cobra vigor la sana que á su lado
brotará en Primavera.

Por cada planta que secare el hielo
germinan cien semillas en la tierra:
¡sursum corda! — los árboles florecen
con blanca florescencia.

II

¿Por qué la nieve entre las viejas ramas
de los árboles pone blancos nidos?
¿No sabe que el calor, tarde ó temprano,
llegará á derretirlos?

Lo sabe, mas se goza en resistirle
desde el viejo rincón que le da asilo:
nieve y vejez es nieve sobre nieve,
ó frío sobre frío.

La lucha, á nuestra vida se parece,
donde batallan siempre dos principios:
el que afirma, calienta y da el impulso,
el polo positivo;

y el que en las secas ramas carcomidas
se complace en poner nevados nidos,
el que ríe en su inercia desdeñosa,
el polo negativo.

III

¡Qué arabesco de huellas diminutas
sobre el blanco Sahara de la nieve!
¡Cómo tejiendo sus inciertas rutas
sobre ella el bando juguetón se mueve,

la tribu de gorriones ateridos,
que el hambre, de los árboles destierra,
y, en la nieve los cuerpos casi hundidos,
pretende en vano picotear la tierra!

Fútil el cuadro puede ser—¡hay tanta
grandeza que es más fútil todavía!—
mas algo ante mis ojos le levanta
prestándole simbólica poesía:

las huellas, de impresión ligera y breve,
como un sello persisten, sin borrarse...
¿Quién sabe si, mañana, de tan leve
causa puede el deshielo originarse?

IV

Domus, et fidæ dulcia membra domus.
Ovidio

Cuando llegue el invierno hasta mi nido
¿querrá la luz del sol besar mi frente?
¿Se apagará aterido
mi pensamiento ardiente?

¡Quién sabe! Cuando el cielo se ennegrece
brilla en mis lares llamarada amiga,
y ante ella ¡cuál decrece
mi frío ó mi fatiga!

Al amor de la lumbre congregados
los dulces miembros de mi hogar dichoso
¡cuán pronto ven trocados
en risas sus temores y en reposo!

Tal vez así es la vida: el sol se apaga
y huye con él, temblando, la alegría;
mas siempre dulce maga
viene y la sienta á nuestro hogar un día.

V

Por el camino incierto de la vida
los pálidos mendigos van pasando,
el zurrón á la espalda
y en la mano el cayado.

¡Oh jornadas primeras! ¡Cómo exige
mayor reposo el pertinaz cansancio!
Mas, al fin, como el ave,
se descansa volando.

Se descansa lanzándose sin miedo,
bien abiertas las alas, al espacio,
que el aire, compasivo,
presta siempre su mano.

Por el camino incierto de la vida
los pálidos mendigos van pasando:
más de uno, cuando lejos,
parece estar parado.

Más de uno, como un punto, en lontananza
inmóvil se divisa breve rato,
para borrarse, luego,
como un punto borrado.

Por el camino incierto de la vida
los pálidos mendigos van pasando,
el zurrón á la espalda
y en la mano el cayado.

VI

No es ese blanco invierno como el llano
donde la arena estéril se adormece:
 más de una flor se mece
en él como reflejo de un verano
 perdido, ya lejano.

Yo pienso en esas flores de matices
pálidos como luces mortecinas,
 como viejos tapices
 de telas blanquecinas
donde viven historias peregrinas.

Yo pienso en esas flores con cariño,
 con dulzura infinita,
 y en un sueño de niño
me imagino en un fondo de blancura
una anciana rezando, dulce y pura.

VII

La plegaria del viejo
al Sol, al Sol divino, omnipotente,
la plegaria del viejo
es humilde y se eleva lentamente.

¡Me muero! ¡Dame vida! Como fuente
que no mana con fuerza, cual solía,
ya la ola se arrastra por mis venas
próxima á fenecer en las arenas,
la ola de mi sangre, rica un día.

¡Caliéntala, Señor, rey del espacio,
gigante hoguera á cuyo amor los mundos
como yo se congregan ateridos:
calor buscan las aves en sus nidos,
calor los pobres viejos moribundos,
que es la vejez como un morir despacio.

¡Oh fuente de la vida!
¡Oh enérgico acicate!
¡Cómo te busca el alma adolorida
cuando te vas y en orfandad la dejas!
¿No te llegan mis quejas
que retrasar quisieran tu partida?

El joven—¡ay! ¿en qué no yerra un joven?—
cara á cara te mira y no te adora,
tu fuego más le asusta que enamora...
¡Cómo yo, viejo, ahora
beso, ¡oh buen rey!, la orla de tu manto!

¡Ah! Cuando llegue ya mi hora postrera
y la eterna frialdad mi ser invada,
que una mano piadosa y adorada
me lleve á donde entre tus brazos muera!

La plegaria del viejo
al Sol, al Sol divino, omnipotente,
la plegaria del viejo
es humilde y se eleva lentamente.

DULCE TERRUÑO

He escogido para esta parte de mi libro algunos asuntos que hoy no suelen escribirse más que en catalán. Debo advertir que he querido ensayarme en cantar á Cataluña no precisamente para ella misma, sino para los demás, pareciéndome que cuanto tienda, poco ó mucho, á hacer que se la conozca y ame fuera de su propio hogar es obra de justicia, de paz y de civilización. Mi tentativa, de carácter puramente individual y artístico, se inspira en el espectáculo de un antiguo pueblo, de glorioso pasado, que posee aún fisonomía característica y no quiere perderla. Es eso una realidad tan respetable como poética en cualquier país en que exista, y tiene perfecto derecho á figurar en la literatura española, á la cual hay que llevar, para que realmente lo sea, el espíritu de todas las regiones en lo que tiene de más íntimo y profundamente arraigado, de más tradicional y típico.

¡A vosotros, mis hijos,
la canción honda susurrada apenas,
la canción del terruño en que nacisteis,
la de alma catalana, cual la vuestra!

¡Ah! ¡Conservad el sello misterioso
con que á sus frutos marca toda tierra;
pero pulidlo hasta trocarlo en joya,
en amplia, tolerante alma europea!

I

Mi amor ha abandonado
la vida ciudadana,
negro jubón se ciñe
y al pie leve alpargata,

jubón de terciopelo,
azul y limpia falda,
y junto al cuello níveo
colgantes arracadas.

La rubia cabellera,
que en haz robusto ata,
como las mieses brilla
que á pleno sol se bañan,

y, en red de seda rosa
cayendo por la espalda,
montón de oro parece
que rompe finas mallas.

Mi amor ha abandonado
la vida ciudadana,
reniega de las calles,
jamás bastante anchas,

prefiere esas anchuras
de llanos y montañas
que humildes florecillas
y pinos embalsaman,

donde respira el pecho,
donde se alegra el alma,
y ve que no hay grandeza
mayor que la montaña,

si no es la de los cielos
y el mar que de algo hablan
más grande que los hombres
y toda fuerza humana.

Mi amor bebe en el aire
perfumes de una planta
que siempre igual se muestra
sin miedo á las escarchas,

sin miedo á los calores
que han abrasado tantas:

no muere entre estos montes
el árbol de la patria.

Vestida por capricho
como á la antigua usanza
de las labriegas ricas
de tierra catalana,

¡qué bien has despertado
mis sueños, dulce amada!
¡Si dudo si tú misma
sueño eres... ¡ay!... que pasa!

II

Antaño y hogaño.

Hay sangre de almogávar en sus venas,
de almogávar vencido, no domado;
sus pupilas serenas,
cual de nostalgia llenas,
miran al horizonte ensangrentado.

Dura es la tierra y negro el pan que amasa;
duro y negro su brazo, y á Dios plugo
que cuando un pobre pasa
por su vetusta casa
aun pueda de aquel pan darle un mendrugo.

Y aun halla el compañero fresco vino
con que en la mesa ancho porrón convida,
y el jugo cristalino
es el néctar divino
que presta al fatigado nueva vida.

¡Constancia y fe! Con igual fuerza hiere
la tierra el pico que, al luchar, la lanza:
también en guerra muere
quien á su suelo quiere
arrancarle el botín que es su esperanza.

Los viejos almogávares renacen;
aun pechos hay donde el vigor se encierra:
los retoños que hoy nacen
aun la historia rehacen,
aun van á la conquista de la tierra.

III

¡*Masia* catalana,
refugio del trabajo,
colmena que abandonan
los perezosos zánganos,

cabaña para el rico,
y espléndido palacio
para el labriego humilde
que reina allí á su amparo!

¡*Masia* catalana,
nidal nunca olvidado
del que en niñez dichosa
vió en ti pasar los años,

cómo tu seno presta
calor y vida santos,
del seno de una madre
trasunto soberano!

Cuando la vida intensa
del pensamiento ingrato
me arroja hacia tus playas
como perdido náufrago,

robusta, fresca y sana,
tendiéndome los brazos
como nodriza eterna,
siempre en mi afán te hallo,

siempre tu dulce risa
de indefinible encanto
me llama desde lejos
cual compasivo faro.

Por ti ese nombre augusto
que reverencio y amo,
por ti el nombre de patria,
sé que se encarna en algo;

que es como sangre viva,
del propio ser pedazo,
terrón que el alma besa
cual dulce relicario.

¡La patria! Es aquel suelo
que un año y otro año,

con el sudor del rostro
y siempre enamorado,

fecunda un campesino
que es nuestro ignoto hermano;
y suelo y hombre llevan
un sello igual y santo.

Masía, dulce nido,
mi histórico palacio:
tú lo que es patria sabes
mejor... ¡ay!... que los sabios.

¡Si tu lenguaje mudo
supieran descifrarlo!
¡Bien de oro te pondrían
tus tejas de vil barro!

IV

¡Montañas innominadas,
montañas de oscura historia,
páginas siempre olvidadas
por el libro de la gloria;

breves y bellos poemas
de poco ambicioso vuelo,
que á las alturas supremas
no elevasteis vuestro suelo!

Tenéis el humilde encanto
de la mujer campesina,
el frescor y aroma santo
de la fuente cristalina;

sois como flor descubierta
por el mismo que la goza,
flor que con júbilo acierta
á encontrar entre la broza;

mostráis la virgen dulzura
de popular cancioncilla
en que toda la hermosura
del alma de un pueblo brilla,

y el que en su memoria os lleva,
tras vivir en vuestra calma,
siente que una dicha nueva
ha descendido á su alma.

¡Deja que busque el reposo
sobre tu falda mi frente,
oh sierra, nido amoroso
de mi ruda y brava gente!

¡Cántame con voz inmensa
tus arrullos maternales,
que todo mi ser te inciensa
y halla blandos tus breñales!

Llevo pendiente á la espalda
la escopeta, dulce amiga:
tómala, ¡oh madre!, en el halda
y que tu amor la bendiga:

fué mi amada compañera
en mis más felices horas;

ella me hizo ver entera
la hermosura que atesoras.

Es fiel su amistad y es muda
ó retruena en el espacio:
cual tú dulce y cual tú ruda,
¡qué bien sienta á tu palacio!

V

¡Qué espléndida hermosura,
qué triunfante verdura
la de esa mar de vides que se extiende
al horizonte donde el sol se enciende,
y en postrer despedida,
al que la da la vida
parece que le bese agradecida!

¡Cómo el campo desierto,
cómo el páramo yerto
que envolvía un sudario de tristeza,
recobrada su gloria y su belleza
cuando el verano alcanza,
es cual mar en bonanza:
no habla de muerte ya, mas de esperanza!

Y hay que esperar confiado:
llegará el deseado,
el buen Otoño que el buen Dios envía,

y el fruto será elíxir de alegría,
remedio de las penas,
y allá en las cubas llenas
bullirá cual la sangre aquí en mis venas.

Cantará un himno santo:
el que inspira el encanto
de ser joven, y fuerte, y de sentirlo,
el afán de mostrarlo y de esparcirlo,
de mandar por el mundo
desde lo más profundo
del ser, el noble espíritu errabundo.

E irá, irá con gloria
á avivar la memoria
de esa tierra sin par á que se debe,
feliz si cuando el bárbaro le bebe
en sus lejanos lares
olvida sus pesares,
más allá de los montes y los mares.

VI

¿Por qué en la lengua que mi madre un día
me hablaba cuando niño
no ha de alzarse en incierta melodía
la voz de mi cariño?

¿Podrá no más que de Castilla hablarnos
la lengua castellana?
¿Tendremos de ella acaso que olvidarnos
para hablar de la tierra catalana?

Se enlazaron ya al borde de mi cuna,
cual aguas de dos fuentes
que á juntar van en sólo una laguna
sus opuestas corrientes,

la frase castellana de mi madre,
noble, dulce, severa,
con el habla viril en que mi padre
á Cataluña reflejaba entera.

Yo quiero aquí ser fiel á esa memoria
de razas que se funden
y, olvidando tristezas de la Historia,
en un ser se confunden;

yo quiero que resuene en mis cantares,
voz del amor humano,
el himno justo á mis paternos lares,
y que entenderlo pueda el que es mi hermano,

el que en su sangre lleva, cual la mía,
la onda varia y lejana,
el que en remotas tierras no me oiría
si no le hablara en lengua castellana.

VII

A un amigo.

Es cierto que un espíritu se eleva,
espíritu de Europa,
de la tallada copa
que hoy á sus labios Cataluña lleva;

es cierto, amigo; y si con él se embriaga
y el vino añejo olvida
¿ha de ser maldecida
porque lo nuevo el paladar le halaga?

Cuidarais de mezclarle á vuestro vino
un fuerte y rico mosto
y en vuestro vaso angosto
bebiera aún y lo encontrara fino;

mas si queréis que el nieto se contente
con copiar al abuelo,
no claméis contra el cielo
si el nieto el ansia de otros mundos siente.

VIII

Lengua catalana, lengua de mi padre,
dulce al alma mía,
lengua que desprecia sólo el que la ignora,
torrente que ruge, doncella que llora,
dama altiva y fría;

dama de alto rango, de prosapia regia,
no de estirpe oscura,
pobre Cenicienta de villano traje
que oculta en los pliegues del tosco ropaje
forma noble y pura;

te miro sentada cual pastora humilde
sobre el Pirineo,
vives en las libres y honradas cabañas,
pisas las ciudades y en el mar te bañas:
doquiera te veo.

Pasas como reina desterrada y pobre
que en el rostro lleva



la melancolia como un triste velo,
que los vagos ojos hacia el duro cielo
sin querer eleva.

Mas la reina tiene, servidor constante
que su voz adora,
todo un pueblo suyo que lucha por ella,
y la alza hasta el solio, por sabia y por bella,
cual antes, ahora.

Reina destronada que clamas justicia
¿murió tu derecho?
Mira el sol erguirse por cima el nublado:
¿quién sabe si un día, de tal suerte, el hado
hará ley del hecho?

¿Quién sabe si guardan las hojas del libro
del destino oscuro
alguna que escrita con nimbo de gloria
iguale á *las hijas del Rey* en la Historia?
¿No vives? ¡Espera! ¿Quién ve en lo futuro?

IX

Pienso que Dios me ha dado dos lenguajes
como dos alas presta al pajarillo,
y pienso que he de usarlos cual ropajes
de varia forma y de distinto brillo;

no me duele, en verdad, el que dos sean
y aun menos lo sintiera si más fueren,
que cuantos más me escuchen ó me lean
más han de ser los que tu elogio oyeren.

Y han de oir, Cataluña, mi alabanza
como voz joven en los ecos viejos:
como un iris de paz y de esperanza
se ve en oscuro cielo, allá á lo lejos.

¡Así los que el encono va apartando
como dos labios de inflamada herida,
supieran, sus derechos respetando,
vivir más noble y generosa vida!

¡Canta! La voz de Cataluña es ésa,
flor viva de mis ásperas montañas,
tu lengua es una página de Historia,
tu música es un alma.

Ya la Historia se olvida lentamente
cual sencilla conseja, ya anticuada,
y ni á sí misma se conoce apenas,
cuando se busca, el alma.

Ni aunque fueras flor seca y no flor viva,
ni aunque un herbario sólo te albergara
y no dieras al aire de tus montes
la frente soberana,

no pasaría junto á ti el romero
sin saludarte cual reliquia santa
de un algo que no muere y que á los ojos
aun lleva dulces lágrimas.

Mientras tú vivas vivirá esa tierra
que en tu inconsciencia sobre todas amas:
es ella quien te inspira esas canciones,
es ella la que cantas.

XI

La tierra que yo canto
no es algún loco sueño
que la ambiciosa ciencia
forjara en mi cerebro:

es una de esas tierras
de que hablan con desprecio:
es una *patria chica,*
que Dios, no el hombre, ha hecho.

Me debe el sacrificio
que hice del mundo entero,
que hice del vasto mundo
en aras de su cielo,

el misterioso aroma
del alma yo le debo,
y somos como esposos
que con amor se unieron.

Del aire de sus montes
saciado no me veo,
su espíritu adivino
hasta en un leve gesto,

y el suyo es como el mío:
comunes los defectos,
si su amargor no es grato
no me sorprende al menos.

Al fin, yo he desgarrado
su generoso seno
y ella me paga en frutos
que reconozco al verlos:

no entiende esos amores
más que el amor paterno,
ó el campesino avaro
que labra el propio huerto,

aquel que le dió siempre
monótono sustento,
mas que bastó á su padre
y al hijo basta luego.

Bien hay mejores tierras:
las recorrió mancebo

mi pobre campesino
sumiso al Rey sirviendo,

pero la dulce tierra
que ha de guardar sus huesos,
la que él fecunda y ama,
está junto á su huerto.

XII

¿Conoces el azul de esas montañas
que desde niño en la retina llevo
y que en formas fantásticas evoco
al cerrarme los párpados el sueño?

Si como yo tan bien lo conocieras,
como yo lo amarías, y ese cerco
que mis montañas forman, como el borde
de una cuna querida, el pensamiento

te aprisionara en cariñoso abrazo
para hacerte sentir que el Universo
puede caber muy bien en el recinto
del valle que queremos.

XIII

¡Oh! ¡Qué amores secretos
los de los altos montes catalanes!
Se embozan en la niebla
para mejor amarse;
se echan la blanca toca de la nieve
y se besan de lejos... Por los aires
pasan temblando los ingentes besos...
y la niebla se abre...
y la nieve se funde á su contacto...
y sonríen los montes catalanes.

Montserrat, ese grupo
de fantasmas de piedra, austero y grave
exhala como aroma
sus leyendas y cantos monacales;
San Lorenzo del Munt, un olvidado,
de quien la gloria el nombre apenas sabe,
le cuenta sus misterios
al lejano Montseny, el venerable,

y todos se comprenden
en su áspero lenguaje
y alzan la frente con afán buscando
la frente de otros seres semejantes
que vivan en la altura,
que reinen desde allí sobre los valles.

¡Oh! ¡Con qué amor reciben, en el cierzo,
del Canigó mensajes,
del hermano francés que les entiende
en su mismo lenguaje!
Los montes catalanes le saludan,
y por encima de él, allá en los aires,
buscan que el horizonte luminoso
de Europa, madre de la luz, les hable.

XIV

Cuando cubro de pámpanos tu frente
y tu seno de espléndidos racimos
mitad poeta y labrador al verme,
pienso, ¡oh Tierra implacable!, ser tu hijo;

pienso, ¡oh Tierra implacable!, ser tu hijo;
mas, temiendo que pámpanos desdeñes,
ya á tus pies los arrojo y los racimos
pido, no más, que sobre el seno lleves;

pido, no más, que sobre el seno lleves
el fruto de mi acción, y que el olvido
caiga sobre mis sueños, si no quieres,
¡Tierra implacable!, ver en mí á tu hijo.

XV

La inconstante abeja
que vuela zumbando
va su miel buscando,
la roba y se aleja.
Yo envidio á esa abeja.

La alegre y vistosa,
frágil mariposa
que en la flor se posa
liba inútilmente
la flor sonriente.

Se viste con ella,
se hace una flor bella
que en el aire flota:
mas cayendo rota
¿deja de sí huella?

Cuando el vasto mundo
es cáliz profundo
de dulce miel lleno,
¡oh!, ¡quién, errabundo,
libara en su seno!

¡Quién fuera la abeja
que pasa zumbando
sus mieles buscando;
quién fuera la abeja
que rica se aleja,

no la mariposa
que, alegre y vistosa,
si un rato se posa
liba inútilmente
la flor sonriente!



EPÍLOGO





EPÍLOGO

¡Anda! ¡En marcha! ¡Adelante!
¡Empuña tu cayado, Judío Errante;
espíritu sediento,
vaga á merced del viento
cual hoja seca que á ser polvo corre!

Harto á la sombra en el querido valle
donde las horas suavemente vuelan
tu cuerpo has reposado,
harto tiempo has soñado
como el niño arrullado
por su cara nodriza, á quien ve en sueños.

El mundo, que es sendero que no acaba,
vuelve ya á reclamarte como á presa,

y lo que ayer pisaba
con júbilo tu planta, con sorpresa
has dejado ya lejos, impelido
por ese eterno afán que nos atrae
hacia un eterno fin desconocido.

¡Anda! ¡En marcha! ¡Adelante!
¡Empuña tu cayado, Judío Errante!
Lo que acaso creíste tu castillo
donde la Vida espera dulcemente
que se acerque la Muerte lentamente,
no fué más que la tienda hoy levantada,
mañana arrebatada
por el viento que juega con las hojas.

Nuestra vida es así: vieja poesía
que demanda otra nueva cada día,
constante caravana
que sale del ayer y va al mañana,
ciclo que se renueva,
flujo y reflujo que al azar nos lleva.

¡Anda! ¡En marcha! ¡Adelante!
Empuña tu cayado, Judío Errante;
espíritu sediento,
vaga á merced del viento
cual hoja seca que á ser polvo corre!

¡Deja el encanto de la tierra amada!
¡Ve al ensueño que nace!
¡A la tierra ignorada!
¡Al vasto mundo que sus brazos tiende
y te llama en la sombra!
¡A la cambiante ola que el mar hiende
luciendo al sol la testa empenachada!

ÍNDICE

LA CANCIÓN DEL AÑO

I

HOJAS VERDES

II

EL CANTAR DE LAS CIGARRAS

III

HOJAS SECAS

IV

COPOS DE NIEVE

DULCE TERRUÑO